



Esperanzas del Este, mercados del Oeste

Vicente Benítez

Las dos personas de rasgos eslavos esperaban al mismo hombre que debía regresar aquella noche a su propia casa. Una, la mujer que era a la vez esposa del deseado, previendo que la situación se prolongaría y quizás para menguar en lo posible el hastío de la misma y no oír el sonido monótono de la lluvia en el exterior, no tuvo más remedio que romper el silencio que los separaba como un telón e iniciar con cierta pereza una incómoda conversación.

“Tú sabes que en aquellos tiempos la gente de

aquí nos llamaba sin distinción “comunistas” a todos los pueblos de nuestro continente o también “rojos” en un tono peyorativo sin relación alguna con el color bermejo ni su calidez, mientras que nosotros de ellos desconocíamos casi todo. La barrera infranqueable que nos separó, y que nosotros en nuestra forzada inocencia desconocíamos, en este país la llamaban “muro”, incluso algunos se atrevieron a llegar más lejos en su imaginación al denominarla “telón” y para desvincular esa palabra de la candidez que le otorga su cercanía al teatro y a las artes, y despojarla así del tono fabril y vulnerable que pudiera aparentar, alguien con su particular osadía la bautizó

como “telón de acero” y así quedó para siempre unida como una aleación a nuestros pueblos, una maldición bíblica que nos iba a perseguir con la perseverancia del metal hasta el fin de los tiempos. Aquella misma construcción, sin que variara un ápice su consistencia o altura, ni su grosor, ni tan siquiera el alambre espinoso que la coronaba y que ambos lados compartíamos en silencio y de mal grado como el que arrastra una pena enorme y larga, muy pesada y larga, kilométrica, aquel mismo parapeto militar fue también para nosotros metálico, del mismo acero helado con que se fabrican las guillotinas que cercenan los cuellos y la libertad”.

Afuera seguía lloviendo, las nubes grises de los últimos días trajeron una lluvia fina y persistente que lo adensaba todo. Arreció la lluvia por momentos mientras el cambio en la dirección del viento hizo que el agua racheada fuera a estrellar con violencia contra los cristales de la fachada. El hombre no se movió del ventanal, mientras ella lo percibía en su terca inmovilidad como una débil silueta que pretendiera fundirse con el color crudo de las cortinas, evitando recibir sobre su gabardina Burberry beige el chorro débil de luz amarillenta que venía de una farola cercana al otro lado de la calle, para envolver la estancia y crear una atmósfera tétrica. Sólo cuando el hombre daba una calada al cigarrillo, una brasa luminosa de color anaranjado fijaba su posición en medio de la oscuridad como fija el destello la posición del faro. La mujer permaneció sentada en su butacón orejero, apoyados sus codos en el reposabrazos, los hincó con fuerza en el tapete de ganchillo para juntar sus manos por las palmas y llevarlas hasta tocar con los dedos la base de su nariz recta, esclava, en un acto que podía oscilar entre el susurro de una oración religiosa o la íntima reflexión acerca de un tema vital, pero que no iba a ser ni lo uno ni lo otro, sino más bien significaba un respiro, el necesario en este punto para retomar su explicación, que a ella a estas alturas le estaba sabiendo amargamente a soliloquio.

“Tú sabes que nosotros éramos pobres, bueno, si bien no de solemnidad, al menos de una pobreza –la mujer hizo una pausa, miró al techo con los

ojos entornados como intentando atrapar la palabra necesitada que la hubiera estado esperando allí largo tiempo suspendida entre los brazos de la lámpara de araña–, menesterosos, eso –y dio un giro de alivio con su cabeza a la vez que prolongaba la “o” final haciendo un piñón con su boca–, como aquellas familias desgraciadas que dan comienzo a Anna Karenina. En nuestra aldea se cultivaba todo tipo de productos del campo sobre una tierra fértil, tantas veces esquilhada, entonces por una agricultura dirigida, intervenida y de resultados inciertos. Comíamos, eso sí, de comer no nos faltaba, pero nada más, no había hueco para caprichos ni tan siquiera para desahogos. Pero salimos adelante, sufriendo una aperreada e insignificante vida como siempre lo habíamos hecho, todos unidos para formar el alma rusa de un pueblo sufriente, a veces incluso superando peores condiciones de vida”.

“Sin asomo de futuro ni esperanzas conocí a Dimitri cuando aún era una jovencita de elegante rodete rubio y pañuelo rojo de pionera en la cabeza, él era dos años mayor que yo y entre nosotros se inició una relación a fuerza de coincidir en el autobús que nos llevaba al instituto de San Petersburgo donde estudiábamos. Bien sabes que no hubiera sido de otra forma para una mujercita rusa como yo, educada a la antigua, con deberes en el hogar y en la misma aldea, donde veía a los hombres jóvenes tan lejanos, afanados en las tareas del campo durante el día y rendidos por la noche a los estragos del vodka. Nos enamoramos, pues, y juntos disfrutamos de nuestra juventud en la ciudad de los canales. Creo que en este país no hay una ciudad tan hermosa como San Petersburgo. En primavera o en verano los dos recorríamos juntos las anchas avenidas rectilíneas y sombreadas y en los troncos de los árboles con un punzón, también de acero, escribíamos nuestros nombres –Dimitri y Nadia– dentro de un corazón hinchado de amor y traspasado por una flecha o disfrutábamos abrazados mirando la apertura y cierre de los puentes sobre el río Neva al paso de los grandes barcos, estremecidos por el pitido de sus sirenas, o tomando el sol recostados en los muros de la fortaleza de Pedro

y Pablo y pasear más tarde anillados por la perspectiva Nevski y entrar para rebuscar en los almacenes Dbor o bien ojear algo en la Casa del Libro. Y en invierno, cuando la ciudad imperial tomaba una coloración grisácea y desvaída, como de acuarela, una niebla espesa, de cine, la penetraba recorriendo sin descanso los canales, entonces qué bien estábamos en los cafés y buistros del canal Fontanka”.

“Sabes bien que a Dimitri no le colmaba aquella generosa felicidad que nos regalaba a diario nuestra metrópoli, pues él la consideraba insana por húmeda, tampoco gustaba de recorrer en grupo nuestro vasto país de fuertes contrastes, para él atrasado y enfermo..., y cuando Dimitri me visitaba en la casa de mis padres buscaba ante ellos los momentos favorables o convertía los inoportunos en los más idóneos para soltarles la perorata de rigor, siempre sobre el mismo tema hasta el fastidio. Su versión memorizada de que en el otro lado de la “granitsa”, nuestra frontera acerada, se vivía un tiempo de ensueño, donde los ciudadanos elegían democráticamente a sus representantes, los mismos que más tarde iban a promulgar unas leyes justas para garantizar los derechos de todo el pueblo, que había mucho trabajo y bien pagado con poco esfuerzo, un verdadero país de Jauja compuesto a su vez de grandes ciudades de avenidas resplandecientes con letreros de neón, gas de cuya nobleza jamás oyeron hablar mis padres, tan inexistente para ellos como para el propio Dimitri que para su desgracia sólo podía imaginarlo por los relatos, fantaseados en la mayoría de los casos, que le traían aquellos pocos afortunados que disfrutaban del privilegio de viajar al extranjero, como su amigo Yuri, aquel ucraniano jugador de baloncesto que llegó a disputar dos finales de la Copa de Europa, una de ellas aquí en Madrid; jugadores permanentemente vigilados en sus cortos desplazamientos entre los hoteles, escoltados por comisarios políticos siempre al acecho ante algún movimiento sospechoso, valorando cualquier mirada extraña, evitando la fuga aunque fuera al costoso precio de la vida del pobre incauto atrevido”.

Guiada por un chasquido, Nadia miró en la dirección donde presumía se encontraba el hombre de la Burberry, a punto de prender un nuevo cigarrillo. Lo encendió y la llama descubrió en su faz unas mandíbulas robustas, las quijadas con los huesos sobresalientes, cuadradas, más pertenecientes a la anatomía de un animal de presa que a la de un humano, pero Nadia no le dio importancia a aquella trágica y efímera visión para seguir relatando:

“También a mí, como a cualquier muchachita ingenua sin importar el lugar del mundo donde resida, me fue calando en la cabeza aquella loca historia de fugas desesperadas hacia nuevos lugares incógnitos, como cala ahora esta lluvia que aquí los españoles por algo llaman “boba”. Con el paso del tiempo el discurso en la boca de Dimitri llegó a ser una quimera trufada de libre mercado del oeste y de obsesión por hacerse rico sin esfuerzo, pero a mis oídos aquella letanía llegaba transformada en milagro, la prioritaria y única posibilidad de salir de la miseria que nos envolvía. En aquellas condiciones no fue difícil convencer a mis padres. Nos casamos y al poco tiempo llegó tu consejo y la correspondiente oferta de “tus a-mi-gos”(lo dijo silabeando la última palabra): entrar en el mercado de trabajo del “Mundo del Oeste”. El pacto de sangre lo firmaron Dimitri y tus amigos. Yo desconozco las cláusulas, los fundamentos de hecho o de derecho de ese contrato, y por eso mismo yo no me considero vinculada a ese convenio”.

“Mi error fue no considerar que las preocupaciones viajan siempre con una y pensar que al cruzar el muro, nuestra “granitsa”, desaparecerían como desaparece por arte de magia un conejo en la chistera de su mago y creer que al traspasar la frontera las cosas cambiarían a mejor. Dimitri todavía sueña, ¡es tan fácil verlo todo conseguido en el sueño!”

En el exterior, la lluvia ahora caía más despacio y el viento amainaba. Las gotas de agua dejaban sobre el cristal varios chorretones que resbalaban paralelos a distintas velocidades. Al pasar un coche con los faros encendidos los cristales mojados del ventanal se comportaban como lentes

partiendo el haz de luz y proyectando sobre la pared del fondo unos garabatos luminosos muy finos y extraños que recorrían rápidos el salón como un relámpago. Alguien cubierto con un impermeable azul cruzó la calle a paso rápido cobijado bajo su paraguas con una bolsa de basura en la mano camino del contenedor. Impermeable, paraguas y bolsa se veían escarchados y ligeramente separados a través del ventanal, como si estos objetos no formaran parte inseparable de un mismo bulto.

El hombre apuró el cigarrillo, se alejó del ventanal y vino hacia donde se encontraba la mujer para, sin mirarla, aplastar la colilla retorciéndola, como si del pescuezo de un pollo se tratase, contra el fondo del cenicero de cristal que estaba sobre la mesa. Desde el patio de luces vecinal llegaban voces de madres que regañaban a sus hijos, melodías de las radiofórmulas, machaconas canciones que salían repetidas una y otra vez hasta la indigestión, la voz alta y metálica de algún televisor dando las noticias en algún telediarrio de la noche, el chirriar de los huevos o las patatas al freírse en la sartén, unos olores fuertes a frituras de distintos pescados navegaban por las galerías impregnándolo todo con su persistencia, también subían sabores a sopa rancia y cenas con gusto a tortilla francesa, salchichas y patatas..., el día laboral tocaba a su fin y con él la parte proporcional de vida, computada en plazos laborales, para cada uno de los urbanitas que compartían aquel mismo bloque de viviendas en la cervantina y monumental ciudad de Alcalá de Henares, a siete leguas cortas de Madrid.

Aquellas voces, olores y sabores diferentes que ascendían livianos como globos cargados de hidrógeno por el hueco del patio de la comunidad vecinal, le trajeron a Nadia el recuerdo de su llegada a este país, y sin poder contenerse prosiguió su relato:

“Dimitri y yo llegamos a Alcalá de Henares un año y trece días antes de la caída de aquel inefable muro. Un día, armados los dos de valor decidimos traspasar la raya, aquel límite de todos los límites que una vez traspasado la vuelta atrás se hace literalmente imposible. Bien es verdad que

sin tu inestimable ayuda y la de “tus a-mi-gos” –aquí la mujer volvió a separar las sílabas al pronunciar la palabra– a lo largo de toda la singladura, nosotros nunca hubiéramos arribado a buen puerto; en especial antes de salvar la línea roja donde los puertos carecen por completo de abrigo, a diferencia de este país, maravillosa gente buena que nos ha acogido con cariño y respeto en su seno sin hacernos ninguna distinción con ellos mismos”.

“Con una alegría desbordante supe de la caída del muro en las noticias que daba la televisión del bar donde trabajo. La misma televisión que cada mañana es el segundo aparato que enchufo en el bar del Mercado Municipal de Alcalá de Henares. Porque a diario lo primero que prendo después de subir la persiana metálica es la cafetera, y la purgo hasta dos veces antes de comenzar a servir el primer café, incluso con frecuencia dejo la persiana metálica de la entrada subida solamente hasta la mitad para darle tiempo a la cafetera. Después de la tele enchufo la plancha de las tostadas, de los filetes y carnes que entreveran los bocadillos. Como el bar está dentro del mercado, los primeros halagos me llegan de los carniceros antes de las siete de la mañana cuando descargan las piezas grandes de carne desde los camioncitos refrigerados que aparcan en el exterior para entrarlas y colgarlas dentro de las cámaras frigoríficas que, con las puertas de acero inoxidable y un alicatado gracioso, decoran el fondo de cada puesto. Los hombres lo hacen sonrientes a estas horas de la mañana, a veces con muchísimo frío en el exterior que ellos inadvertidamente aumentan por acumulación cada vez que están dentro de las cámaras. Pues con ese frío polar, la pieza de carne grande y sin despiezar sellada con varios tampones de color azulete indeleble sobre la piel ya desollada y blanca, sangrante todavía en el envés, convenientemente repartido el peso sobre el hombro, algo sofocados me sonrían y me piropean sanamente al pasar. Nunca he entendido por qué me sonrían. Sí comprendo lo del piropo, tan español, tan alegre y atrevido, saciado de una varonil vergüenza dentro de su picardía inocente, pero sonreírse al ver-

me...; vienen de haber comprado y cargado en los puestos de Mercamadrid ¡a las cinco de la mañana! Pero aún es más incomprensible que su alegría sea compartida por la casi totalidad de los pescaderos y fruteros que también llevan ese mismo destemplado y extravagante horario. A veces pienso a qué horas han de levantarse de su cama para llegar a Mercamadrid en torno a las cinco de la mañana. ¿Y cuándo y cuántas horas duermen? Yo en comparación con ellos soy una privilegiada al tener que abrir el bar a las siete de la mañana. Pero esos madrugones curten y hermanan a los buenos trabajadores que son los carniceros, los pescaderos y los fruteros que sin ese temple serían gremios más desavenidos, seguramente. A veces, alguno más reservado, se queja y acodado en la barra del bar viene a contarme con desinterés y natural modestia su aperreada vida, yo le sirvo otra copa de coñac tempranero y él agarra fuertemente la botella de brandy con su mano ahuecada como la de un mono al coger un palo, y mira la botella de Terry extasiado, sorprendido recorre suavemente su malla dorada que la envuelve, la masajea como si fuera la primera vez que se topara con ella, en la etiqueta una mujer rubia vestida solamente con una camisola que se intuye transparente cabalga montada a horcajadas sobre un caballo blanco y en su imaginación el hombre adusto va transformando la red dorada de la botella en una media de seda también dorada que cubre los muslos de una cabaretera antigua que le será complaciente”.

“Colocadas en los mostradores las piezas menudas de carne convenientemente envueltas en cefolán transparente, el pescado encallado en la frescura del hielo, con mejor criterio la disposición colorista de la fruta, y llenas las cámaras frigoríficas de reserva, los trabajadores se dan un merecido respiro antes de la venta y van llegando a la barra del bar perfectamente uniformados, los carniceros con sus trajes blancos o rojos al igual que los polleros, los pescaderos de azul y botas altas de goma, con verdes y azules guardapolvos los fruteros. Churros y porras, croissants y napolitanas, alguna tostada de pan untada con aceite y tomate..., café solo, cortado, con leche, man-

chado, cortos y largos..., anises, cazalla o coñac para combatir el frío, montados y bocadillos para saciar el hambre, para calmar la sed cañas y botellines, todo formando parte de un rito diario antes de abrir al público las puertas del mercado municipal, compradores y clientes que cuando entran se hallan con un bar solitario y limpio de nuevo, virgen e inmaculado como si nadie lo hubiera aún profanado. Y de nuevo se vuelve a repetir en mi presencia el mismo ceremonial de los cafés y desayunos. Así hasta el cierre de los puestos al mediodía, que es el momento de cambiar el tercio para la comida, y vuelven a aproximarse sedientos los mismos carniceros, pescaderos y fruteros, aumentados ahora por el acompañamiento de otros que han iniciado su labor más tarde por no tener que andar mudando el género tan de continuo. Llueven las cañas de barril bien tiradas, los quintos, botellines y tercios de cerveza, poco vino y vermut, y cada consumición con su correspondiente aperitivo acompañándole como está mandado, tapas y raciones consumidas en solitario o compartidas en mancomunidad, algún plato combinado, con alegría el juego de chinos a la hora de pagar, la propina discrecional, el grito de ¡BOTE! que la acompaña..., el sonido de la campana y el diario del acordeón de Petru el zíngaro rumano con los dientes embalsamados de plata y oro que desde la esquina suena como una gramola tocando las canciones de su tierra..., el grito doloroso, pedigüeño e indescifrable, casi un aullido animal de Masha, sentada en el suelo a la puerta del mercado, las piernas encogidas, la mano derecha extendida con la palma hacia arriba sosteniendo un vaso de plástico translúcido, a sus pies un capazo de tela pobre como ella, a veces a medio llenar, otras medio vacío...”

“Recoger y comenzar de nuevo para la tarde, sin cerrar el bar, más cafés y vuelta al ciclo rítmico de la mañana, que se repite frenéticamente. Así horas y horas, sirviendo y limpiando, escuchando y callando, cabeza y piernas doloridas y los pies a punto de estallar. Y la esperanza de Dimitri de poco esfuerzo y mucho dinero que no se cumple según lo previsto, mientras tenemos que seguir pagando religiosamente”.

La lluvia amainaba, ahora solamente caían, como con desgana, algunas gotas, muy pocas y dispersas, eso sí, muy gordas, que se disolvían estrepitosamente, como globos hinchados al romperse contra el suelo o bien al caer como pompas sobre la superficie de los charcos ya existentes. Del patio llegaban las risas aumentadas de algún programa de televisión de cotilleo, una jaula de grillos que aumentaba cada vez más y parecía que nunca iba a detenerse en su “crescendo”. Estos gritos agudos, broncos, de gallinero se mezclaban con otros más graves y suaves que salían de alguna película, quizá antigua, quizá en blanco y negro. Nadia se levantó de la butaca y fue a ocupar el antiguo lugar que el hombre había dejado libre justo al lado de las cortinas del ventanal que el hombre de la Burberry había cerrado al paso de la noche. Nadia, con sus manos blancas y delicadas de esclava hermosa, los dedos largos y estilizados, descorrió por su parte las cortinas y en ese momento entró un listón amarillento de luz que le arrancó dos destellos: una brizna de color rosado de su mejilla que contrastaba con el centelleo triguero de su pelo.

El hombre se acercó a la televisión para inclinarse y enchufarla, buscó con el mando a distancia un canal digital de música rock y subió el volumen, mientras Nadia no tenía más opciones a estas alturas que seguir narrando su propio monólogo de forma cada vez menos entusiasta, o callar manteniendo la tensión hasta la llegada de Dimitri. Ella optó por seguir hablando, aunque fuera para el aire:

“También aquí y a esta ciudad de Alcalá de Henares llegaron durante los años sesenta y setenta miles y miles de inmigrantes de las tierras cercanas de la Alcarria, de Guadalajara y de Castilla, pero también de las lejanas Extremadura y Andalucía; eso sí, a diferencia de nosotros y nuestro inpracticable “muro”, cruzaban solamente accidentes geográficos naturales como sierras o puertos de montaña o vadeaban ríos para llegar igualmente al buen puerto deseado, en este caso como nosotros ellos venían a ver cumplido su sueño: una vida mejor, la esperanza de cualquier ser humano”.

En este punto el hombre, como si de súbito se hubiera irritado, arrojó por la ventana el cenicero y mientras la débil lluvia transformó en barrillo el incienso gris, y el circular recipiente de cristal planeaba, las colillas salían revoloteando en todas direcciones jaleadas por un tímido viento. Subió más el volumen de la televisión, donde ahora tocaba un grupo musical que aun siendo diferente de la actuación anterior en nada modificó el estruendo de su música. El de la Burberry se palpó por cima de la gabardina para constatar que la herramienta seguía allí, en su nido, alojada dentro de la sobaquera. Sonó el teléfono móvil del hombre con una melodía hortera. El hombre estaba atento a las consignas que salían del auricular y daba las sucesivas respuestas a su lejano interlocutor: OK, da, da, OK. Ella lo presumió todo. En la mirada doliente de Nadia latía la desolación, la certeza de que Dimitri no volvería a aquella casa, de que nunca acudiría a la llamada de la mafia. Pero siguió narrando protegida en la penumbra, sentada de nuevo en su sillón orejero abismada en su propio discurso.

Los dos sonidos coincidieron en un mismo instante: el golpe final de percusión del grupo de rock en la tele y el sonido seco y achampanado, inaudible en aquel auditorio, del disparo que salió del silenciador de la pistola Makaroff de 6.35. Nadia quedó petrificada recostada en el sillón, los brazos caídos colgando a lo largo del asiento como un títere descoyuntado, fijos sus bellos ojos azules en el techo del salón, parecía realmente la estampa de una santa barroca en el momento de su éxtasis místico. En su blanca frente, entre ceja y ceja, el orificio limpio de entrada del proyectil parecía el tercer ojo de un Buda, el mismo que todo ser humano anhela y que no es más que la misma esperanza, el mismo sueño igualmente irrealizable.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Municipal de Alcalá de Henares, Madrid.**